

## TANGO

### Por culpa de la televisión

Esa inapetencia e impotencia para ir más allá de las apariencias que los dueños de la Historia reservan para las fotografías preparadas, ha afectado sobre todo a la casta intelectual. Cabría esperar, cabe esperar, una reacción más combativa por parte de las principales víctimas de la mixtificación, las víctimas de la represión económica, política, sexual, sentimental. Si esas principales víctimas no lo remedian, mucho me temo que esos tangos paródicos que son los principales productos culturales europeos sólo puedan ser enmendados por el tango del tango paródico, y así sucesivamente. De momento, las principales víctimas de la mixtificación presencian en primera fila, ante las pantallas de la televisión, el espectáculo trucado de la realidad. Pero algo hemos ganado. He descubierto un tango de Carlos A. Jonsson y Riobal que afronta la tragicomedia de la alienación televisiva:

Cuando llegaba a mi casa des-  
[pues de yugar las ocho,  
me daban mate, bizcochos y la  
[quinta pa'leer,  
y al cabo de dos horitas se ma-  
[tizaba el ambiente  
con el aroma atrayente de un  
churrasco en la sartén.

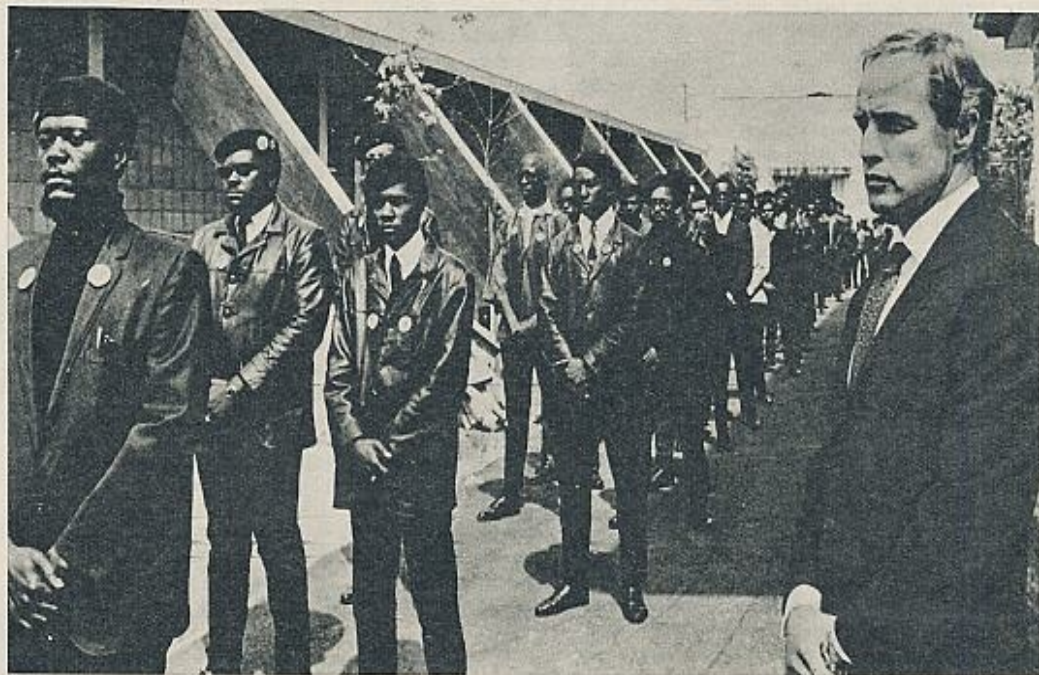
Te lo juro, yo era un cambia y  
[de nada me quejaba,  
ni el rajá de Kapurtala vivía me-  
[jor que yo,  
pero un día, qué locura, quise  
[darle la sorpresa,  
y hoy me agarro la cabeza para  
[ese televisor.

Hoy como todo en pastillas,  
cómo añoro el pucherete  
y aquel aroma atrayente  
que venía del sartén,  
y cuando tiro la bronca  
pa'tomar un matecito,  
me dicen: Pero, viejito,  
estoy mirando la televisión.

Y pensar que estoy pagando  
[mes a mes el aparato  
laburo hasta los domingos para  
[juntar el tovvén,  
y para colmo de males, ayer me  
dijo la «donna»:  
¿Me perdonás quiridito? Estoy  
[loca por Cheyeno.

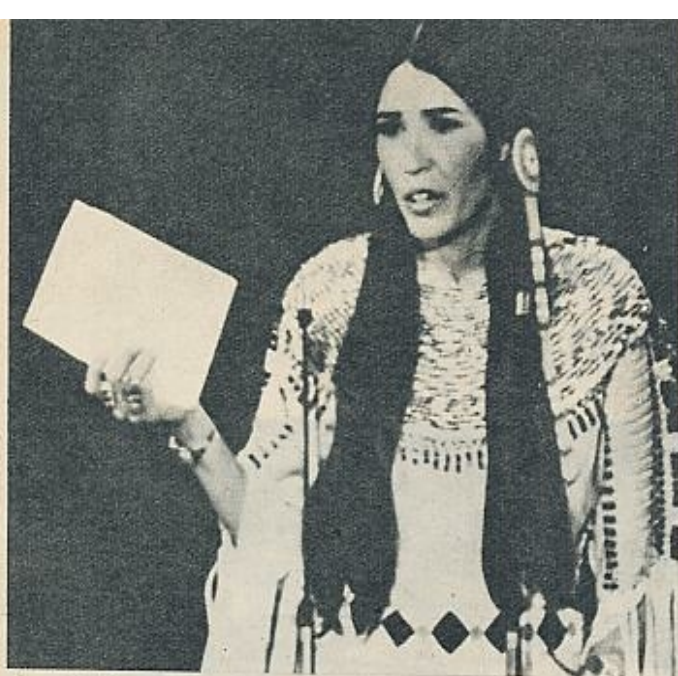
Tango, tango, tango... ■ M. V. M.

# BRANDO, BUÑUEL Y LOS "OSCARs"



Arriba, Marlon Brando contempla a los miembros de la milicia negra «Panther», que asisten, en actitud militar, al funeral por Bobby James Hutton, que resultó muerto durante un tiroteo con la Policía de Oakland en los disturbios de 1968. Abajo, Luis Buñuel, dirigiendo una secuencia de «El discreto encanto de la burguesía», por la que ha obtenido este año el Oscar a la mejor película extranjera.





«Pequeña Pluma» subió al estrado, representando a Marlon Brando, y leyó un resumen de las declaraciones del actor, por las que éste se negaba a recibir el Oscar que le concedía la Academia por su trabajo en «El padrino».

Dicen que Margaret Herrick, una secretaria de la Academia de Artes y Ciencias de Hollywood, al ver, en 1931, la estatuilla que, como premio, se entregaba desde hacía dos años a las mejores películas norteamericanas, comentó que esa estatuilla se parecía mucho a su tío Oscar. Y desde entonces —dicen—, el famoso premio se denomina así. Un premio que, por un lado, se reconoce como distintivo inapelable de calidad, por el que luchan y se desesperan las estrellas y los magnates de Hollywood; y que, por otro, se piensa que no es más que un acicate publicitario de esos mismos magnates para promocionar sus películas. Pero sea lo que sea, lo cierto es que Hollywood consigue atraer la atención de todo el mundo cuando, como ahora, llega la fecha de conceder las reproducciones del tío Oscar. Y el público cinematográfico no deja de conocer y consumir las películas y los actores que han sido destacados en la relación de candidatos.

Por todo ello, resulta muy extraño que alguien se atreva a despreciar un Oscar. Y cuando esto ocurre, el heterodoxo pasa inmediatamente a convertirse en protagonista absoluto de la noticia. Esto ocurrió hace un par de años cuando George Scott se negó a recibir su estatuilla porque, según decía, «Patton» (la película por la que se le premiaba) no fue en sus resultados la misma que se había previsto. Y hasta el guionista de esa película, Francis Ford Coppola, hizo declaraciones amenazando con retirar su nombre de los títulos, ya que «Patton» se había convertido en una película militarista, cuando, sobre el papel, era todo lo contrario.

Naturalmente, la postura de Scott se interpretó en muchos periódicos y revistas como ardid publicitario. Muy pocos estuvieron dispuestos a aceptar que el actor era honrado en su postura,

y no quería ser homenajeado por un trabajo con el que no estaba de acuerdo.

Resulta curioso que, dos años más tarde, «El padrino», dirigida por Ford Coppola (el guionista de «Patton»), se convierta en el blanco de parecidas circunstancias. Ahora, Marlon Brando no cree que la película haya traicionado sus planteamientos previos. Eso sería absurdo. «El padrino» —la mejor película del año, según la Academia— es un retrato fiel del texto de origen (la novela de Mario Puzo) y hay en ella bastante ambigüedad como para convertirse (al mismo tiempo que en un espectáculo brillante) en un film que puede entenderse de diversas maneras, y en el que sus protagonistas, elementos de la mafia, aparecen suficientemente cuestionados, pero, al mismo tiempo, con el beneplácito de los auténticos y no cinematográficos miembros de la «Cosa Nostra».

En esta ocasión, lo que Marlon Brando ha hecho es rechazar a la Academia en pleno. Al cine de Hollywood en su totalidad. Y sus razones son contundentes. Es este cine el que más ha contribuido a denigrar al indio americano, que en estos precisos momentos se encuentra en dificultades gracias al desprecio gubernamental y popular. Y Brando utiliza para hacer estas declaraciones a una mujer afectada, lógicamente, por el conflicto, a «Pequeña Pluma», que, en resumen, explicó a la concurrencia del festejo de gala donde se entregaban los premios, que el problema de los indios es una cuestión muy seria, y que el mejor actor del año —según la Academia— prefería estar junto a ellos en Wounded Knee antes que en aquella sala, cuyo boato y esplendor servía para mantener la industria más racista de cuantas él conoce.

Y de nuevo se habla de truco

## Los Contemporaneos

### LOS MORBOSOS PALURDOS DE LA LIBERTAD

Hace unos años, un joven fue a confesarse en una provincia española, y comenzó a decir: "Padre, yo vivo en París, y...", cuando le interrumpió el sacerdote con un gemido: "¡Pobre

hijo mío! Y, ¿no puedes evitarlo?". (Espero no estar violando secretos de confesión. Digamos que es un chiste, un chiste). Cuando papá iba a París —en el rápido de Irún— la hija cupletista le gritaba: "¡No vayas al cabaret, si quieres pasar el rato!". Los riesgos de París eran ya cuestión folklórica. Y política. Me contaron que un director general de Prensa de la época primitiva fue obsequiado con un almuerzo en San Sebastián y, al terminar, alguien le dijo que tenían preparada una excursión a Biarritz. El protector de la prensa empalideció, y dijo: "¿No serán ustedes también antiespañoles? Sepan que no estoy dispuesto a pisar esa tierra por nada de este mundo". En Francia podía pasar de todo. Una vez, en París Manuel Aznar me dijo, consternado: "En el Ministerio se dice de usted que es un afrancesado... —y añadió—: No se preocupe demasiado. También lo dijeron de mí..."

¿Eran otros tiempos? ¿Eran otros tiempos? Muchas veces me inquieta saber si el tiempo pasa o no pasa. ¿Hay lecciones que no se aprenden nunca? No, no eran otros tiempos. Enrique Rubio, en "El Noticiero Universal", ataca a los españoles que van a Ceret, a Amel-les Bains, a Le Boulou o a Perpignan los fines de semana. Son palurdos, son "catetos morbosos". Esos españoles, y los que van a Biarritz, hacen algo terrible: van al cine. España es un país de espectadores. ¿Puede llegar a ser un país de mirones? No es eso lo que le preocupa a Enrique Rubio. Se arroga la representación del "español normal" para decir: "Para un español normal, con sentido concreto de familia, de matrimonio y de honrabilidad, el progreso de estas gentes (los espectadores de Perpignan) avanza rumbo a la desintegración de cuanto tenemos y nos diferencia de esos países del consentimiento y conformado". ¿Qué

carpet hay que tener en el bolsillo, en qué ventanilla hay que cobrar, de qué casta hay que proceder para monopolizar la normalidad del español, ser defensor de la familia y el ma-

trimonio, tener la exclusiva de la honrabilidad? ¿Basta con no ir al cine al extranjero? ¿O es mejor no ir al extranjero en absoluto, salvo para poner tornillos en las fábricas Renault, fregar algunos suelos, servir en un restaurante y enviar divisas para que haya cómodas importaciones de artículos de consumo para los demás? ¿Se puede impunemente hablar de los países del consentimiento? ¿No dice el diccionario que el consentimiento es "el marido que sufre la infidelidad de su mujer"? ¿Se puede emplear todavía esa estúpida xenofobia?

¡Los viejos tiempos! Yo he visto en Tánger españoles situados en las puertas de ciertos cines apuntando los nombres de otros españoles que pasaban de la zona del protectorado para ver ciertas películas. ¡Los denunciantes eran voluntarios! (Las autoridades, después, se reían y arrojaban las listas a la papelera. Pero los sospechosos serían ya siempre sospechosos...). Ocurría hace casi treinta años. ¿Será posible que desde hace treinta años haya españoles atravesando las fronteras para ir al cine? ¿Será posible que desde hace treinta años haya otros españoles que traten de impedirlo, que les insulten, les denuncien, les coloquen en listas negras? Quizá esas listas sean ahora en technicolor, y eso es todo lo que ha cambiado...

¿Espectadores, mirones? Los que hacen el esfuerzo de viajar, de cruzar una frontera, de exponerse a ser ellos mismos espectáculo —en Biarritz, en Perpignan— han sobrepasado esa categoría. Son elementos activos. Están defendiendo algo: un derecho a ver y a juzgar por sí mismos, un derecho humano. Una forma de libertad. La busca de libertad puede tener formas a veces grotescas, apariencias tristes. Pero en el fondo es algo siempre profundamente serio, fundamental.

POZUELO



## Cabe media banda. Y el trombón.



Las noches de concierto, ya se sabe, necesitamos un coche capaz de cualquier cosa. Como nosotros mismos, vale. Un coche sin problemas de espacio, eso es.

Así que los muchachos han elegido el Citroën-8 Familiar. Les hacía falta uno con el piso totalmente plano y los asientos grandes, cómodos y abatibles. Con transportines si se quiere, además. Ahora van holgados, ellos y sus instrumentos. El resto del material, en el maletero: 1,50 metros cúbicos. Enorme.

Un coche, éste, Citroën... 8 Familiar, que arranca a la primera y para a la primera. Sin rechistar: frenos de disco. Y que corre. Vaya si corre. 120 kms/h para cuando hay prisa, ya me entienden.

También era importante la visibilidad. Y éste tiene

la mayor superficie acristalada de su categoría, a través de las cinco grandes ventanas de sus cinco generosas puertas. Ahora se ven venir las cosas. Y la suspensión, a interacción longitu... longitudinal -gracias-, que hace que se pegue a las curvas como una lapa. La climatización, total y efectiva. Las manos no deben entorpecerse con el frío, los muchachos lo saben.

En fin, que han elegido bien. Ahora trabajan mejor y llegan en punto a los conciertos. Allegro, con brío, andante.

**Citroën 8 Familiar.**

FINANCIACION SEFICITROËN

**CITROËN 8 Familiar**



publicitario. Es normal. La facilidad para transformar las noticias y darles la vuelta, es una de las mayores posibilidades del periodismo actual. Resulta paradójico. «Cabaret», la película justamente galardonada con ocho Oscars, se transforma ahora en un pacífico producto solazante, cuando, en realidad, su auténtico sentido es muy otro. La obra de Bob Fosse es la desesperada crónica de una sociedad que permanece impasible ante la amenaza palpable de la llegada del nazismo; la fuerza bruta, la irracionalidad, la discriminación racial, son aceptadas con resignación por unos. Y los otros, los lúcidos, los mínimos, se amargan ante esa situación, impotentes para hacerla entender a los demás.

¿Pueden esos demás festejar alegremente el terrible aviso de Fosse? ¿No es «Cabaret» un apuntalamiento a la postura tomada por Marlon Brando? «Cabaret» no es sólo un musical renovador... Pero con la entrega de los Oscars todo parece cambiar. Y los comentarios versan sobre el indiscutible talento de Liza Minnelli o sobre lo guapa que fue su mamá. Y el resto, sobre el numerito gratuito del señor Brando.

Aquí ocurre algo parecido. Mientras las mejores películas de Luis Buñuel permanecen inéditas entre nosotros, y, de ellas, dos de las tres únicas que rodara en España —«Las Hurdes, tierra sin pan» y «Viridiana»—, algunos comentaristas entienden el Oscar concedido al director español como un «triunfo nacional». La larga ausencia de Buñuel no cuenta, ni el hecho de que esta película «oscarada» se vaya a estrenar en nuestro país en una versión no íntegra. Es de suponer que la despiadada sátira de «El discreto encanto de la burguesía», su inmensa carcajada ante el derrumbamiento de una clase que se reuerce en sus propios convencionalismos, que acaba siendo víctima de sus propias trampas, no sería tan aireada sin este oportuno premio norteamericano. «El discreto encanto...» es una de las películas más jóvenes e incisivas del genial aragonés, especie de testamento artístico donde se condensan sus preocupaciones expresivas de todos estos años, su iconoclastia, su agudo sentido del humor, en una superación total de toda su obra.

Esperemos que, con su estreno, los comentarios que merezca la película sean tan penetrantes como estos de ahora. Y que se siga buscando tan insistentemente a Buñuel con el fin de entrevistarse, como se hace estos días, y que esas entrevistas sean medios de acercamiento a su obra antes que a triunfalismos baratos.

Esos intentos presentes de ob-

tener declaraciones de Buñuel no han tenido mucho éxito. El realizador, antes de ingresar en la clínica donde ahora se encuentra para sufrir una intervención quirúrgica, los ha rechazado todos; sólo quiso declarar que a él toda esa historia del Oscar le traía sin cuidado. Lo suyo es sólo trabajar, y acabar ahora el guión que piensa realizar en seguida, esta vez para la Fox, con quien hace unos meses firmó contrato.

Tampoco Brando está dispuesto a perder el tiempo con gaceticos. Hace unas semanas se publicaba la odisea de un periodista que llegaba en avión (único medio posible) a la isla Tetiaroa, donde vive retirado con unos amigos, y Tarita Teripatia, la hawaiana que conoció durante el rodaje de «Rebelión a bordo», y con la que contrajo nuevo matrimonio. Brando concedió al periodista tres segundos para que éste pudiera regresar sano y salvo al avión que le había llevado hasta allí. Y, naturalmente, no aceptó ninguna de sus preguntas. Como es de suponer, éstas versaban sobre el supuesto escándalo de «El último tango en París».

Ya hace tiempo que el protagonista de «El padrino» ha renunciado al rito de la fama, al esplendor superficial del estrellato. Su irrevocable postura política estuvo incluso a punto de hacerle dejar el cine. Así lo declaró en 1968, abandonando el rodaje de «El compromiso», cuando, tras el asesinato de Martin Luther King, entendió que su tiempo debía ser ocupado en otras cuestiones: «No son momentos para hacer películas; es necesario moverse, dedicarse enteramente a la causa de la emancipación negra. No me siento capaz de seguir haciendo cine y participar, al mismo tiempo, con todas mis fuerzas, en el movimiento de integración».

La marcha de los pobres sobre Washington; su conferencia en la asamblea del CORE (Congreso de Igualdad Racial), donde anunció su retirada del cine; su continua presencia en las manifestaciones en pro de la integración racial; sus críticas abiertas a la FUNAI (Fundación Nacional del Indio Brasileño), colocaron a partir de aquel año a Brando en una postura decididamente política y, por lo tanto, profesionalmente difícil. Sin embargo, su decisión de no volver a hacer cine fue matizada más tarde. Intervendría solamente en aquellas películas con las que estuviera ideológicamente de acuerdo; en aquellas que contribuyeran a mejorar la vida del hombre.

Y, como es lógico, no faltaron los comentarios que aseguraban que el problema de Brando era muy simple: había perdido público y necesitaba notoriedad a cual-



Brando, en el Congreso de Igualdad Racial, donde declaraba que se unía radicalmente al movimiento y abandonaba el cine.

## BRANDO, BUNUEL Y LOS "OSCAR"

quier precio. Son esos comentarios de los que aceptan la existencia de películas abiertamente políticas, pero que niegan el derecho a que sus autores traten de llevar a la práctica lo que en ellas dijeron. Según esos comentarios, lo natural es que, en su vida privada, Bob Fosse no se atreva ante el resurgimiento del nazismo, sino que entone vivamente marchas hitlerianas; que Ford Coppola vista un sombrero flexible y tenga en su casa una metralleta; que Buñuel se dedique a vigilar las alzas y bajas de la Bolsa. Todo está bien en la pantalla, pero nada debe trascender a la vida real. Aunque Brando se comprometa con un determinado cine, éste se puede anular luego fácilmente con un par de Oscar. Lo único importante es que el actor se presente en la fiesta y sonría como todo el mundo.

Pero Brando no acepta ese juego. Y aunque al elegir las películas de su nueva etapa (sólo dos títulos importantes: «Queimada» y «El último tango...») no acierte siempre (al margen del discutible «El padrino», un error: «The nighthawks» de Michael Winner), sí tiene muy claro el cine que no debe hacer. Ese cine de John Wayne y Clint Eastwood —que se apunta ahora feliz a la reacción, en sus comentarios sobre la conducta de Brando—, que lentamente ha penetrado la mentalidad de millones de espectadores de todo el mundo haciendo creer en la existencia de un problema negro, de un problema indio, de un problema chicano..., cuando, como decía un militante de Harlem, sólo hay un problema: el blanco.

Y ahí está Brando el escandaloso, el que se niega a continuar la farsa. Una farsa de la que se beneficiarían principalmente los demás: «El éxito es un fenómeno muy curioso. Sólo tiene lugar si puedes ser vendido. Y tus acciones suben y bajan como en un mercado de valores. Nada de esto tiene que ver con tu trabajo, o tiene que ver sólo de una manera indirecta».

Los «valores» de Brando-Corleone subieron rápidamente a raíz de la «operación padrino», montada hábilmente antes del estreno de la película, que era candidata al Oscar incluso antes de haberse rodado. Y esos «valores» acabaron por ascender definitivamente con el Brando-Paul del tango de Bertolucci, operación escándalo que nada tiene que ver con la película.

¿Es realmente el film de Bertolucci tan escandaloso, osado y terrible como dice la publicidad? ¿No es todo ello un tinglado que limita su valor a los aspectos más superficiales? Sería estúpido pensar que Bertolucci, uno de los más responsables, rigurosos y geniales hombres de cine del momento, pudiera haber caído tras «Prima della rivoluzione», «El conformista» o «La estrategia de la araña», en un simple juego de pornografía escandalosa. No. El mismo lo dice: «Si un hombre se turba viendo mi película es que no acepta que su virilidad se ponga en cuestión».

Y es curioso cómo los comentarios sobre la película se producen casi siempre en términos moralísticos. Y pocos traspasan la piel para acercarse a alguno de los ricos aspectos del film. La autoanulación de ese hombre que busca ansioso la muerte tras una angustiada e inútil existencia; la absurdidad de una venda en los ojos; la imposibilidad de una relación sexual desconectada de la vida; la desesperanzada visión del propio Bertolucci que contempla la inexorable destrucción de un mundo en el que el individuo ha dejado de tener sentido... Y en su expresión formal, una renovación lingüística admirable, en la que el director no ha olvidado la valiosa colaboración de ese magnífico actor que es Brando. Su creación de Paul, sin duda uno de los mejores trabajos que ha realizado, es la madurez total del método interpretativo que iniciara hace años en el Actor's Studio. En esta ocasión, Brando, fuera de histrionismos o espectacularidad fáciles, que algunas veces han podido rondarle, se expone abiertamente a cualquier mirada indiscreta, creyendo firmemente en la película.

Y este esfuerzo le vale torpemente el calificativo de escandaloso. Como ante su negativa de aceptar el Oscar, el de buscador de renombre y gloria. Pero estas defensas poco importan realmente. Algo acaba al final por ser entendido. Y su conducta, aunque se interprete mal o se desvirtúe, pasará en alguna medida sobre esa sociedad, mejor retratada por Bob Fosse, Luis Buñuel o Bernardo Bertolucci, que por los defensores fanáticos de la apariencia. ■ D. G.